

# GOBIERNO, PODER Y ALIANZAS: DILEMAS HISTÓRICOS DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA<sup>1</sup>

Lic. Daniel Rafuls Pineda  
Universidad de la Habana

## Distintas conceptualizaciones del término

Sobre el tópico de la izquierda como concepto existen diferentes posiciones. Unas asumen que el término no es preciso en tanto no existe una sola izquierda, sino diferentes, y de acuerdo a sus tácticas y estrategias de reformar el capitalismo o de superarlo como sistema social tienen distintos grados de radicalidad. Y otras suponen de izquierda sólo a aquellas fuerzas que presentan programas políticos propios antisistema.

En medio de ese debate el excanciller de México Jorge Castañeda por ejemplo, en su obra *La utopía desarmada*<sup>2</sup>, cuando ya daba señales de ser un hombre de derecha, expresó que la izquierda tenía un sentido contestatario y subversivo, y estaba compuesta por los partidos comunistas tradicionales, la izquierda nacionalista o populista, las organizaciones político-militares y las reformistas.

Mientras algunos autores, al estilo de Carlos M. Vilas, percibían a la izquierda como "... las organizaciones políticas y sociales que hacen de lo popular el referente principal de su acción política",<sup>3</sup> otros como el cubano Fernando Martínez Heredia<sup>4</sup> la han visto más cercana a una simple alusión metafórica que a un concepto propiamente dicho.

Este autor analiza el término, recurriendo a dos aspectos metodológicamente claves para determinar la esencia de cualquier fenómeno social. En su sentido histórico, recuerda que el concepto izquierda tuvo su origen años después de la Revolución Francesa, cuando los parlamentarios se sentaron a la derecha e izquierda del rey según defendieran o rechazaran los privilegios del absolutismo. La cara lógica de la vigencia actual de ese concepto la apreció en la posibilidad de que símbolos de épocas pasadas puedan conservar sus significados aún en etapas posteriores del desarrollo humano.

El investigador del Centro de Estudios Europeos de Cuba Frank Álvarez por su lado, brinda otra definición plausible sobre ese concepto. Para él: "Por izquierda asumimos un término referencial, surgido del curso de la práctica política con carácter histórico concreto.

---

<sup>1</sup> Este artículo aparece publicado en el libro: Emilio Duharte Díaz y coautores: *Teoría y Procesos Políticos Contemporáneos*, Tomo II, Editorial "Félix Varela", La Habana, 2006.

<sup>2</sup> México: Ediciones Planeta, 1993. Esta obra fue escrita con la clara intención de destruir la significación moral del movimiento zapatista y el resto de las fuerzas de izquierda.

<sup>3</sup> En la apreciación de este autor, "lo popular" es el campo donde coinciden la marginación política y la explotación económica junto a la pobreza. Ver "La izquierda en América Latina: presente y futuro", Ponencia presentada en el seminario "Alternativas de izquierda al Neoliberalismo", La Habana: Centro de estudios sobre América, 12-15 de febrero de 1996. p. 4).

<sup>4</sup> "Ala izquierda y Marxismo en Cuba", en: Temas, No. 3, julio - septiembre, 1995, p. 16-17.

Generalmente con él se identifican las fuerzas progresistas y renovadoras, contestatarias del orden establecido, que pretenden renovar determinados valores básicos (ideológicos, políticos, éticos, sociales y económicos) de aquellos sistemas que ya no son representativos del avance, la renovación y el progreso social”.<sup>5</sup>

Lo más común de todas estas interpretaciones sobre el término, como se puede apreciar, discrimina los elementos de izquierda de los de la derecha, a partir de su posición con respecto a la categoría *progreso*. Este principio, así entendido, si bien puede reforzar la idea de que los partidos comunistas y otras fuerzas políticas que luchan contra distintos tipos de exclusión social pueden ser considerados de izquierda, también permite cuestionar que el movimiento socialdemócrata (incluyendo al partido laborista británico), tan apegado a las políticas neoliberales en los últimos años, puedan seguir siendo conceptualizado como una fuerza política de signo esencialmente distinto al que representa la derecha tradicional.

### **Latinoamérica: un espacio político sui géneris**

Como es bien conocido, el siglo XX que finalizó y los primeros años del XXI han transcurrido para el movimiento de izquierda a nivel mundial bajo la influencia de la Revolución Socialista de Octubre de 1917. Con su inicio se marcó el primer intento práctico duradero de transitar del régimen capitalista al socialista y se brindó a la historia la única experiencia revolucionaria de gobierno que estuvo encabezada por uno de los tres llamados clásicos del marxismo y el leninismo: V. I. Lenin.

El significado de esta trascendental gesta histórica y del legado teórico que dejó su líder como continuador de la obra de Carlos Marx, definió claramente para la Izquierda de entonces la importancia de distinguir los límites concretos de los conceptos *Gobierno* y *Poder*. Esto coincidió con la aparición de fenómenos paralelos, vinculados a otras formas de actividad revolucionaria, cuyo contenido, no determinado directamente por el choque de contradicciones entre burgueses y proletarios, no pudo por menos que influir también en el comienzo de la solución de los más amplios conflictos humanos a escala universal.

Como parte de otros tantos acontecimientos, el camino que muchos países del mundo atrasado encontraron para intentar erradicar sus males sociales, fue la intensificación de la lucha de los pueblos coloniales por su liberación nacional de las antiguas metrópolis y la que llevaron a cabo las naciones políticamente independientes por lograr su independencia plena de las redes económicas y financieras que las ataban al capital transnacional.

Entre los gestores de esta nueva vía que hallaron los pueblos subdesarrollados para tratar de iniciar una etapa distinta, auténticamente popular, de desarrollo económico, político y social en sus respectivos países, un lugar importante lo tuvo la región de América Latina.

Mientras todavía a mediados del siglo XX el contenido de los procesos sociales en los países coloniales de Asia y África se expresaba en la formación gradual de la nación burguesa y de la conciencia nacional, en los países que habían alcanzado su independencia política ya había

---

<sup>5</sup> “La izquierda en Europa: situación actual y perspectivas”, en *Revista de Estudios Europeos*, mayo-agosto 2002, p.91. Ver también el artículo del propio autor que aparece en el presente libro.

concluido, en lo esencial, toda esa etapa (ante todo sus cimientos económicos: el mercado interior, la gran industria, la agricultura capitalista), y a la vez maduraban y arreciaban las contradicciones de la sociedad burguesa. Esto se expresó en una especie de complementación de necesidades de emancipación nacional, democrático-burguesas pero, a su vez, anticapitalistas.

Así, por causas vinculadas al comienzo del desarrollo capitalista, al freno que representaba la amplia presencia de relaciones precapitalistas como el latifundio en nuestra región y a la subordinación económica de los países de América Latina y el Caribe a grandes potencias como Inglaterra, Francia y Estados Unidos, en las décadas de 1920 y 1930 se desarrollaron significativos movimientos de liberación nacional que culminaron en importantes revoluciones burguesas.

Las revoluciones en Argentina (1928-30), Brasil (1930), Chile (1931-32), El Salvador (1932) y Cuba (1933) por ejemplo, fueron impulsadas por distintas acciones de los campesinos y obreros agrícolas en los respectivos países, y por el auge del movimiento huelguístico y la lucha democrática general. Esto se expresó entonces en el movimiento por la autonomía universitaria y el sufragio universal, por una política económica proteccionista y la realización de distintas reformas agrarias, y entre otras tareas importantes, también se iniciaron luchas populares por la libertad de prensa, de reuniones y organizaciones.

En esos años y aún algunos antes, con la aparición en la arena política de la clase obrera latinoamericana y otros sectores populares, y bajo el influjo de la Segunda y Tercera internacionales, fueron fundados o comenzaron a dar sus primeros pasos organizativos los partidos socialistas y comunistas de la región. Pero ya en ese entonces desde temprano, ellos comenzaban a manifestar puntos de vista distintos con relación al marxismo y el leninismo, y a la manera en cómo establecer las nuevas tácticas y estrategias populares de gobierno.

Entre las décadas de 1940 y 1950, y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial cuando se produjo la derrota del fascismo alemán y el auge de la URSS y de los Estados socialistas europeos, en América Latina despertó un poderoso ascenso del movimiento obrero y democrático que obligó a sus gobernantes a lo que se llamó liberalizar el régimen político.

Esta coyuntura favoreció la actividad sindical y obrera y de los partidos comunistas de la región, muchos de los cuales comenzaron a tener una importante presencia en los municipios y parlamentos latinoamericanos.

Pero el crecimiento del prestigio político de todas las instituciones populares prontamente alarmó al capital transnacional y a la reacción local, y entre finales de 1947 y los primeros meses de 1948, los comunistas fueron declarados fuera de la ley y obligados a pasar a la clandestinidad en la mayor parte de los países. En ese entonces casi todos los gobiernos latinoamericanos rompieron relaciones diplomáticas con la URSS.

Coincidiendo con el momento histórico que se vivía, la burguesía inició otra tentativa más de realizar transformaciones en pro del avance capitalista. Pero sus aspiraciones de lograr esto no superaron el freno que constituía no haber llevado antes hasta el final las tareas de la revolución burguesa y de liberación nacional, y no estar dispuesta a hacerlo completamente en lo adelante. Las revoluciones boliviana (1952-64) y la guatemalteca (1944-54) fueron los acontecimientos más notables del período.

Resultado de ellas fue la nacionalización de compañías extranjeras, de ferrocarriles, correos, instalaciones portuarias y otros elementos de la infraestructura. Se realizaron reformas agrarias y se tomaron medidas para reforzar el sector estatal de la economía. Otra conquista importante de esos años fue la aprobación de nuevas constituciones que proclamaron el sufragio universal, la soberanía nacional sobre las tierras, las riquezas naturales y los recursos energéticos. Asimismo se constató en el ámbito constitucional el derecho al trabajo, la educación gratuita y la jornada laboral de 8 horas.

Pero a pesar de que todos esos logros se alcanzaron bajo la presión del papel protagónico de las masas populares, el paso de la dirección de esos procesos, de manos de la burguesía nacional más revolucionaria a los sectores burgueses más conservadores, impidió radicalizarlos hasta el final, y creó las condiciones para su ulterior fracaso. Esta situación fue favorecida por la intervención encubierta y no encubierta del gobierno norteamericano en muchos países latinoamericanos.

Todas estas tribulaciones expresadas hasta aquí, donde el movimiento de izquierda de América Latina (secundando inicialmente a los sectores más revolucionarios de la burguesía nacional) fue alcanzando cada vez un lugar más importante, se producían a contrapelo de lo que por muchos años resultó la estrategia fundamental del PCUS para el resto del mundo progresista. El principio del “estado total” y de la lucha de “clase contra clase”, promovido por el VI Congreso de la Internacional Comunista en 1928, consideraba a todas las burguesías nacionales “incondicionales aliadas del imperialismo” y, por tanto, rechazaba que los movimientos obreros debieran establecer siquiera alianzas tácticas con ella.

La no-derivación de aquellas revoluciones políticas en auténticos poderes populares sin embargo, no obligatoriamente se justifica por la validez del referido arriba principio, en el sentido intuitivo de que no convenía acercarse a los sectores burgueses (en ese entonces considerados por muchos, nacionales, por sus posibilidades potenciales de presentar proyectos no dependientes), porque “era de esperar” su traición en determinado momento histórico de su actividad revolucionaria (llegando incluso hasta plegarse al poder imperialista). Tampoco nos puede consolar la acertada conclusión teórica de que las burguesías nacionales no pudieran hacer más que perfeccionar y reajustar el aparato del Estado, porque por principio, también se sabe que ellas siempre deben dejar intacto al antiguo ejército y otras instituciones estatales.

El hecho real es que, aunque todas esas razones eran potencialmente reales, y podían efectivamente haber sido previstas, la historia demostró que las fuerzas revolucionarias no contaban con la madurez suficiente para garantizar un verdadero vuelco revolucionario.

Tiempo tuvo que correr aún para que los sectores de izquierda en nuestro continente aprendieran que aquellas dos suposiciones teóricas (la potencial traición de los sectores burgueses a las fuerzas revolucionarias, y su oposición a superar los fundamentos básicos del Estado burgués) podían ser compensadas, exitosamente, sólo con una sólida actividad revolucionaria.

### **Lo que demostró la experiencia cubana de transformación social**

La Revolución Cubana tempranamente enseñó que los fundamentos de la plena independencia nacional no pueden ser establecidos por una burguesía que, por manifestarse completamente dependiente del capital externo, ha dejado de cumplir una función nacional revolucionaria.

Según su legado, los cimientos de una verdadera soberanía (no necesariamente vinculada a la declaración del carácter socialista del proceso), comienzan a establecerse con la destrucción del viejo aparato estatal y la creación de un nuevo ejército.

Ella también reveló que la vía pacífica al socialismo, adoptada para otros por el XX Congreso del PCUS en 1956, y seguida fielmente por la mayor parte de los partidos comunistas de América Latina, no era viable en un país como Cuba, donde los intentos del movimiento revolucionario de llegar al gobierno por una vía electoral, al menos a finales de la década de 1950, ya habían sido agotados.

La asimilación de la experiencia cubana por parte del movimiento revolucionario latinoamericano sin embargo, que tuvo sus más sinceros defensores pero también sus apologetas y detractores, presentó una expresión inconscientemente negativa.

En muchos casos el proyecto fue trasladado mecánicamente a países y regiones sin una consiguiente interpretación creadora que evitara desvirtuar no sólo la táctica política que posibilitó su aparición y desarrollo,<sup>6</sup> sino el propio condicionamiento histórico del paso abrupto de un programa económico originario democrático-burgués a uno claramente socialista.<sup>7</sup>

Eso impidió a las fuerzas revolucionarias latinoamericanas asumir que se podían establecer proyectos de avance hacia una nueva sociedad utilizando grandes, medianas y pequeñas formas de propiedad y, consiguientemente, articulando alianzas de los más variados sectores sociales y de clases, bajo la égida de un sólido movimiento popular revolucionario. Pero a pesar del paso del tiempo, aún se siente la insuficiente asimilación de este enfoque, que claramente ha sido falsificado por muchos escritores e intérpretes de la historia.

Años más tarde, otras experiencias intentaron materializar la variante que la Revolución cubana había cuestionado en su momento y decidieron, o iniciar el avance al socialismo a través de una vía pacífica sin, al menos, poder garantizar cambios político-institucionales medianamente profundos (Chile), o legitimar un poder popular alcanzado mediante las armas (Nicaragua), o utilizando las propias reglas del llamado sistema liberal democrático. Pero también ellas fueron derrotadas.

---

6 La táctica de la dirección de la revolución, nunca estuvo dirigida a excluir del proceso revolucionario a todos los sectores burgueses nacionales que disfrutaban de los beneficios del capitalismo, sino exclusivamente a aquellos que se encontraban del lado de la dictadura de Fulgencio Batista. Cualquier tipo de alianza o pacto de no agresión mutua con esos sectores antibatistianos, debía partir del reconocimiento de que la fuerza hegemónica estaba representada por el Movimiento 26 de Julio y su núcleo central: el Ejército Rebelde.

7 Es conocido y ampliamente aceptado por la mayoría de los estudiosos de este tema, que el proceso de radicalización política y económica que tuvo lugar en Cuba desde los primeros momentos del triunfo revolucionario, resultaron contragolpes que se vio obligada a asestar la Revolución a los actos de la contrarrevolución interna y externa, y no a un programa radical de transformaciones socialistas previamente establecido.

### **Reflexiones sobre la izquierda latinoamericana en algunas de las publicaciones más recientes**

Todas las dificultades, obstáculos y virtudes por las que ha transitado históricamente la llamada izquierda, han sido trabajados de forma muy amplia por muchos autores a nivel internacional. El tema ha sido tratado tanto por académicos como por políticos de Europa, Estados Unidos y de otras regiones geográficas.

Durante los últimos años, particular interés por las nuevas condiciones en que se ha desarrollado ese movimiento lo han brindado algunos trabajos escritos por distintos autores latinoamericanos.

En 1999 por ejemplo, se publicó un libro de la investigadora chilena Marta Harnecker titulado *La izquierda en el umbral del siglo XXI*<sup>8</sup> que, aunque se encargó de divulgar los avatares de la izquierda en América Latina desde el triunfo de la Revolución cubana hasta fines del siglo XX, su mayor mérito estuvo en hacer una profunda reflexión sobre los desafíos de esta fuerza a partir del derrumbe del llamado socialismo real y en medio del desarrollo de la globalización neoliberal.

En el propio año mencionado, bajo la coordinación de la profesora e investigadora titular de la UAM Beatriz Stolowicz, se hizo público el libro *Gobiernos de izquierda en América Latina. El desafío del cambio*.<sup>9</sup> Ese material expuso las tribulaciones de siete experiencias latinoamericanas de acceso a determinados niveles de gobierno y concluyó con un abarcador análisis sobre varios temas vinculados a los conceptos *izquierda, gobierno, democracia y política*.

Particular atractivo en los estudios actuales sobre la izquierda latinoamericana lo presenta el artículo *Construcción del Poder desde abajo: Conceptos claves*,<sup>10</sup> de la socióloga argentina Isabel Rauber. En este trabajo se hizo un profundo análisis sobre algunos obstáculos que ha enfrentado la izquierda en la elaboración de un proyecto de transformación social auténticamente popular y se propuso una estrategia de construcción de poder donde estén presentes no sólo los intereses específicos de las distintas fuerzas sociales desde su misma base, sino la propia manera en que ellos deben ser articulados.

Otra reflexión sobre el tema que puede ser consultada es *Por una nueva estrategia política de la izquierda alejada de falsos mitos*,<sup>11</sup> del propio autor del presente artículo. Ese material hace algunas valoraciones acerca de la influencia negativa que han ejercido las interpretaciones liberales tradicionales de los conceptos *mercado, democracia y revolución*, sobre las tácticas y estrategias populares de transformación social.

---

8 Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

9 Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco.

10 Cuadernos de Nuestra América Vol. XIII, No. 26- Vol. XIV, No.27, Julio 2000-Junio 2001

11 Daniel Rafuls. Cuadernos de Nuestra América Vol. XV, No.29, enero-junio 2002.

### **El naciente papel de los nuevos movimientos sociales**

Otra arista del concepto izquierda también está ocupando un importante espacio de debate en los últimos años. Pero aunque ella cabe perfectamente en la mayoría de las definiciones mencionadas arriba, todavía no ha sido suficientemente trabajada.

Desde hace cerca de veinte años en Europa han aparecido formas no tradicionales de expresión de masas, más o menos organizadas, que ya han sido trasladadas con notable fuerza a Latinoamérica y que persiguen el objetivo de rechazar la globalización neoliberal actual.

Estos cambios tienen su explicación en las propias transformaciones de las estructuras neocapitalistas y neomonopolistas que colocan en una dimensión distinta las bases tradicionales de ampliación del capital, y que hoy tienen su reflejo inevitable en las relaciones entre Europa y los EEUU por un lado, y el mundo subdesarrollado, por otro.

Los llamados nuevos movimientos sociales, que han tenido sus más recientes cumbres en los foros sociales mundiales de Porto Alegre en Brasil, funcionan como organismos o estructuras, cuyos miembros irrumpen en, ante, o contra los sistemas o instituciones vigentes, infundiéndoles a éstos, en muchos casos, golpes de significación positiva para los distintos segmentos populares.

Esas formas de expresión de la sociedad civil sin embargo, aún alcanzando conquistas parciales importantes, escasamente logran articular sus respectivas luchas sectoriales en un proyecto de poder conjunto que se proponga un sistema social donde tengan cabida, no sólo la garantía constitucional de sus derechos específicos, sino su satisfacción práctica global sistemática. Así, exceptuando la notable solidez del *Movimiento de los Sin Tierra* en Brasil, esas organizaciones sólo se encuentran en general en una incipiente etapa organizativa de desarrollo.

En países como México, Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador o el propio gigante sudamericano, por poner algunos ejemplos, la proliferación de movimientos feministas, de educadores y trabajadores de la salud, de profesionales, e incluso de movimientos indígenas en algunos casos o del ecologista (que por sus características debe atravesar las ramificaciones políticas de cualquier estructura social y de clases), no han rebasado la línea de defender sus proyectos esencialmente de manera independiente. Los movimientos vinculados a la religión se distinguen sin embargo de los otros.

Las *Comunidades Eclesiales de Base* que desempeñan un papel educativo y de activismo político entre los sectores más pobres de países como Brasil, México, Colombia, Nicaragua o Guatemala, junto a las llamadas *teologías liberadoras* han resultado un resorte revolucionario evangelizador contra las ideas más conservadoras de la Doctrina Social de la Iglesia. Ellas se ubican, no obstante las presiones para erradicarlas y las contradicciones propias de su desarrollo, entre los más importantes referentes éticos de transformación del sistema capitalista.

### Algunas experiencias de izquierda de los últimos diez años

El dilema más común que ha presentado la mayor parte de las fuerzas de izquierda en América Latina es que no ha logrado articular un consenso acerca de con quién aliarse y qué hacer después de ganar las elecciones parlamentarias y presidenciales.

Los afiliados a la *extrema izquierda* por ejemplo, apelan a un desgaste suficiente de la derecha que propiamente les otorgue relevancia y posibilidades reales de acceso al gobierno. Ellos no asumen la necesidad de aliarse con otros sectores políticos y proyectan programas de transformación social profundamente radicales.

Por otro lado, hace poco más de 10 años, en un posible esfuerzo por considerar las limitaciones teóricas y prácticas de los procesos revolucionarios que habían tenido lugar hasta el derrumbe del llamado socialismo real, ha aparecido un nuevo intento, también llamado por muchos de *centroizquierda*, por conquistar el gobierno.

A esta tendencia política se han circunscrito en Chile los partidos miembros de la Concertación por la Democracia,<sup>12</sup> en Argentina el Frente por un País Solidario (FREPASO),<sup>13</sup> en Brasil el Partido del Trabajo (PT)<sup>14</sup> y en México el Partido de la Revolución Democrática (PRD),<sup>15</sup> entre otros que, a excepción del PT brasileño, nunca han logrado conquistar el gobierno nacional.

Estas agrupaciones, como varias no mencionadas en esos y otros países, se identificaron en su momento con el documento que todavía se conoce como Consenso de Buenos Aires. Éste, firmado en 1996, justificó su posición de rechazo al socialismo, con la consideración de que no había política económica radicalmente alternativa a la actual o con la idea de que el precio de la explosión del modelo vigente era más grande que su reformación intrasistema.

Salvando la posición del PT, que fundamenta su oposición al socialismo no como sistema, sino como instrumento económico que implique un proceso directo e inmediato de

---

12 La concertación por la Democracia se fundó en 1989, como intento de evitar la reelección de Augusto Pinochet. Está integrada por el Partido Socialista, la Democracia Cristiana, el Partido Socialdemócrata Radical y el Partido por la Democracia.

13 FREPASO: Es una agrupación de pequeños partidos de centroizquierda fundada en 1994. Está liderada por Carlos "Chacho" Alvarez, exvicepresidente del país que renunció a su cargo a mediados del 2000 por sonado escándalo de corrupción en el Senado. Este acontecimiento, y el deterioro económico y social del país, particularmente profundo desde 1998, condujo a un debilitamiento del respaldo popular al FREPASO como aliado de la Unión Cívica Radical en el gobierno (conquistado conjuntamente en 1999) y a la estrepitosa caída de este último a fines de diciembre del 2001.

14 PT. Fundado en 1980. Su actual Presidente es José Dirceu. El PT ganó las pasadas elecciones presidenciales de fines del 2002, en Brasil, con su candidato histórico José Ignacio "Lula" da Silva, luego de tres intentos consecutivos infructuosos.. A diferencia de otras organizaciones de centroizquierda, el PT tiene un proyecto político a largo plazo más definido hacia el socialismo y cuenta con varias experiencias de gobiernos locales muy importantes y exitosas.

15 PRD Se fundó con el fin de consolidar la oposición de izquierda, agrupada en el Frente Democrático Nacional (FDN) que respaldó a Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones presidenciales de 1988. En sus inicios, estuvo integrado por disidentes del Partido Revolucionario Institucional, miembros del antiguo Partido Mexicano Socialista y de varias pequeñas organizaciones de izquierda. En las elecciones del 2000 enseñó un notable retroceso.



estatización anticapitalista, la práctica ha demostrado que la característica de apearse sólo a pequeñas reformas capitalistas debilita la unidad y poder de actuación de la izquierda.

Estas llamadas fuerzas de centroizquierda expresan sus aspiraciones de dos maneras distintas.

Por un lado, intentan acelerar el proceso de acceso al gobierno a través de una alianza con el centro u otras fuerzas, cuya única aspiración es reformar el capitalismo. Consiguientemente, no asumen programas radicales en ninguna etapa de su desarrollo ni, lógicamente, creen en la necesidad de ser una fuerza hegemónica.

El otro tipo de centroizquierda también acepta un acercamiento de las fuerzas más humildes hacia otros sectores sociales y de clase, pero con el compromiso de aplicar un programa democrático-burgués durante una primera etapa, sin renunciar a un proyecto de transformaciones radicales futuro ni a una clara hegemonía previa de las fuerzas populares.

Cada una de estas tres variantes de izquierda señaladas corre su propio riesgo. La de extrema izquierda parece no percatarse de que no buscar un compañero de ruta, cuyos objetivos primarios al menos coincidan con los más inmediatos de los sectores revolucionarios, puede conducir a colocarla, casi eternamente, en la oposición a los gobiernos de turno.

La tendencia de centroizquierda en el gobierno que acepta establecer alianzas en minoría por parte de ella, y que comparte explícitamente sólo reformas parciales del sistema vigente, corre el riesgo de deteriorar la imagen auténticamente popular y transformadoramente propositiva de los movimientos declarados anticapitalistas y de las fuerzas antineoliberales en general, que forman parte de (o simpatizan con) esa tendencia política. Esa táctica hace vulnerables a las fuerzas revolucionarias, ubicadas más a la izquierda dentro del espectro político de las más amplias alianzas, a subordinar sus programas de transformación a los puntos de vista de la derecha.

Esta última posición es, indiscutiblemente, la que ha proyectado el Partido Socialista Chileno con la alianza que lo llevó a los últimos gobiernos, y la que reflejó el Frente por un País Solidario en Argentina, a través de la concertación que pactó con la Unión Cívica Radical entre 1999 y fines del 2001.

La actuación de estas organizaciones políticas, con un significativo prestigio hasta esos momentos en las historias de sus respectivos países, los revela a la palestra pública como fuerzas cuestionablemente de Izquierda que si no comparten teóricamente las políticas neoliberales, al menos en la práctica han sido partidarios de la preponderancia del libre mercado por sobre el papel del Estado.

Es cierto que resulta provechoso participar en los parlamentos, aunque sea en minoría, para contrarrestar decisiones antipopulares, pero cumplir una función similar dentro de los gobiernos es casi imposible, y los riesgos negativos son más probables que los positivos.

Pero la variante de centroizquierda, que prefiere la hegemonía de los sectores tradicionalmente pobres en su alianza con otros segmentos de mayores recursos (hasta el nivel de importantes empresarios), también corre su propio riesgo. Le resultará en extremo difícil tomar medidas populares durante una primera etapa democrático-burguesa, sin afectar paulatinamente su pacto de colaboración con esos aliados, y consiguientemente, sin que estos últimos comiencen a atentar contra las propias fuerzas hegemónicas. Un reflejo claro de estas contradicciones, (aunque no ciertamente en todos los casos autodenominados de centroizquierda) por los

amplios pactos políticos que concertaron a través del Polo Patriótico y del Partido del Trabajo, ya comenzaron a aparecer en los actuales gobiernos de Venezuela y Brasil, respectivamente.

### **Lo que parece haber sido olvidado de los clásicos del marxismo y el leninismo**

Existen algunos momentos en la obra de los clásicos de esta teoría científica sobre los procesos de transformación política y económico-social en las condiciones de países atrasados, que parecen haber sido relegados tempranamente a un segundo plano.

Aunque ellos vieron posible el avance al socialismo de los pueblos no industrializados, o donde primaba un muy débil desarrollo del capitalismo, sobre todo, con la ayuda del proletariado triunfante de las naciones industrializadas (y particularmente Marx y Engels no dedicaron sus estudios, con profundidad a prever la forma, en que estas naciones no adelantadas, realizarían su revolución política socialista), es justo señalar que Lenin, precisó un tanto estos enfoques a partir de la primera mitad del año 1917, cuando apareció en Rusia (el país más atrasado de Europa), una situación revolucionaria.

Hasta esos momentos el líder bolchevique había hablado de la necesidad de una dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos para culminar la revolución democrático-burguesa, pero no daba crédito a la idea de que el proletariado pudiera asumir el poder político en una nación predominantemente agraria, y más que eso, tuviera que conservarlo.

El rompimiento de la lógica marxista que predominó a lo largo de casi todos los años de vida madura de Marx y Engels, y del propio Lenin (hasta la fecha en que era inminente la revolución), que suponía la gestación de una revolución proletaria sólo cuando la revolución burguesa llevara al país en cuestión, por los causes de un amplio desarrollo del capitalismo (esto explicaba su suposición de que la revolución se debía iniciar por los países industrializados), obligó a los bolcheviques a buscar un nuevo enfoque para acometer las tareas de la naciente revolución obrera en las condiciones de un país subdesarrollado.

En tal empresa, y en consecuencia con el legado marxista que supone la sustitución de las relaciones de propiedad de la anterior formación económico-social *cuando se agoten las fuerzas productivas que caben dentro del régimen económico donde ellas se desarrollan*, la práctica de la revolución rusa excluyó de su programa inicial para construir la nueva sociedad, como tarea de primer orden, la entonces tradicional fórmula del movimiento comunista de expropiación total, inmediata e incondicional, a la manera socialista, de todas las empresas y bancos privados que se encontraban en manos de la burguesía nacional y extranjera.

En ese entonces, la dirección bolchevique implementó el control obrero de la propiedad capitalista en general primero y variadas formas de capitalismo de Estado después, que, aunque incluían entregar en régimen de concesión a la burguesía internacional parte de los medios de producción de propiedad rusa, asimismo no presuponían extirpar de su territorio las empresas transnacionales que ya existían desde algún tiempo y esencialmente habían importado el capitalismo a ese país. Estas transformaciones, no obstante, incluyeron también las más grandes nacionalizaciones que no fueron predominantemente de carácter antiburgués, en tanto suponían la dirección de las empresas expropiadas, en manos de sus antiguos dueños con elevados salarios.

Pero si bien es cierto que medidas como esas fueron rápida y, en parte drásticamente erradicadas,<sup>16</sup> nada puede asegurar que estas fórmulas leninistas, bajo un estricto control popular, no deban ser medidas a considerar por los obreros u otras fuerzas populares en el gobierno de un país atrasado.

Esas transformaciones, que también previeron entregar la tierra a los campesinos y que antecedieron al acometimiento de tareas netamente socialistas, fueron concebidas para desarrollar las fuerzas productivas heredadas del capitalismo bajo nuevas condiciones políticas de poder.

La aspiración del Partido Bolchevique en torno a que las tareas de construcción del socialismo fueran aceptadas (aunque sólo formalmente), por todos los sectores sociales que querían extirpar de la sociedad rusa los rezagos del feudalismo y la monarquía, y que deseaban promover la industrialización del país (por lo menos en la primera etapa de la revolución mientras no hubiera condiciones para acometer tareas anticapitalistas), llevó a la organización dirigente a proponerle a los partidos menchevique y eserista de la pequeña y mediana burguesía rusa participar en el gobierno.<sup>17</sup>

Esta especie de “programa mínimo” fue instrumentado por la vanguardia bolchevique para ser aplicado durante una primera etapa democrático-burguesa que auguraba ser no muy corta, y que bien pudo haber tenido sólo un carácter democrático popular, agrario y antifeudal. El fue indeseablemente violentado por los constantes ataques de la reacción interna y sus aliados externos, y convirtieron los primeros meses de la revolución rusa (según las fuerzas políticas que en ella participaron y las tareas que se vieron obligados a cumplimentar), en una etapa que además enfrentó tareas de índole antiburguesa y antiimperialista.

Pero esta brusca realidad no puede ocultar que la propia dirección del partido bolchevique y, en especial, el mismo Lenin, concibió posible comenzar la construcción del socialismo utilizando económicamente la capacidad de la burguesía rusa y transnacional para dirigir con eficiencia la producción y otorgándole a los sectores capitalistas nacionales (medios y pequeños) la posibilidad de ocupar puestos en el nuevo consejo de ministros (consejo de comisarios del pueblo).

Para el líder ruso estaba claro que *una cosa es gobierno* (institución legal esencialmente de carácter ejecutivo, cuya formación depende en última instancia de los intereses tácticos de la clase que la promueve) y *otra es poder estatal* (instrumento político más general y sostenido, que establece las reglas de todo el sistema según los intereses reales y la voluntad de la clase dominante), y *la composición temporal de uno, no necesariamente al principio, tiene que ir al compás de los objetivos estratégicos del otro.*

---

16 En los textos de Lenin y en la propia historia de Rusia y la URSS, ha quedado demostrado que tanto durante la política del “Comunismo de Guerra”, como después de la muerte de Lenin los procesos de radicalización política y económica que tuvieron lugar en ese país, no siempre respondieron a la actividad saboteadora de los enemigos externos e internos. El desenfrenado entusiasmo popular por un lado y sobre todo, el propio desacuerdo por principio de Stalin hacia toda utilización de cualquier sector de la burguesía en el proceso de construcción del socialismo interno, fue trasladado mecánicamente a las filas de la Internacional Comunista y está en muchos casos vigente hasta hoy.

17 El hecho de que finalmente, no se concertara ningún gobierno de composición mixta, no significa que los bolcheviques instauraran el monopartidismo en él, sino que los mencheviques y los eseristas no se resignaron a aceptar la hegemonía de los primeros.

Tal razonamiento leninista, sustentado en la estricta lógica de Marx, suponía que la condición para permitir legalmente a algunos sectores de la clase capitalista su participación en los cambios del nuevo Estado, era la *hegemonía proletaria* durante todo el proceso de lucha por el poder y de instauración de la nueva sociedad. *La presencia de la clase obrera*, junto a demás sectores populares, *como fuerza definitoria de las manos reales en que se encontraba el poder político de la naciente revolución* que implicaba la aparición de un nuevo ejército y la destrucción en general de los eslabones fundamentales del aparato estatal en que se sustentaba el régimen anterior, *constituía la condición objetiva que determinaba, en última instancia, todas las transformaciones sociales de la vida rusa y de los pueblos que a ella secundaron.*

La hegemonía obrera definía desde cómo debían hacerse las alianzas de los bolcheviques con los campesinos y determinadas capas de la clase capitalista, hasta el momento en que se pudiera considerar listo el país, material y subjetivamente, para enfrentar la etapa socialista.

### **A modo de conclusión**

De todos estos últimos argumentos se derivan dos importantes consideraciones que nos pueden ayudar a precisar con mayor exactitud las tareas que deben enfrentar las fuerzas revolucionarias en América Latina.

Una está en reconocer, que aunque en la mayor parte de la obra de C. Marx, la alianza de los obreros con otros sectores nacionales no tenía sentido,<sup>18</sup> en la más última comprensión de V.I.Lenin sobre el asunto, los pactos sociales y de clases tenían una importancia relevante.

Acorde con el pensamiento del líder de la revolución rusa, al obrero le era imprescindible aliarse a los campesinos e incluso, en condiciones menos favorables para sus propósitos, a sectores de la propia clase burguesa (con la consiguiente conservación de las relaciones de producción del anterior indeseado régimen económico), no sólo por una razón de sobrevivencia elemental, sino porque sin duda, interpretando el conocido principio de Marx en su Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, las formas superiores de socialización (entre ellas las formas de socialización socialistas de propiedad), no podían establecerse hasta que se desarrollaran "...todas las fuerzas productivas que caben dentro..."<sup>19</sup> del sistema social que le precedió.

La segunda consideración, derivada también del pensamiento de los clásicos del marxismo y el leninismo, consiste en identificar cuál es el enemigo principal contra el que hay que aliarse, y hacia qué aspecto del régimen que caduca es a donde debe dirigirse el golpe fundamental de la lucha. Así lo han estado revelando, desde fines de 1999, como una cuestión de índole táctica y estratégica, las últimas tres experiencias de gobierno de izquierda en América Latina que se han ido abriendo paso.

---

18 Se debe recordar que la nueva sociedad a que él aspiraba en un futuro inmediato, se debía iniciar, esencialmente, en países de alto desarrollo industrial y por tanto en lugares donde existía un elevado grado de proletarianización de la población.

19 Marx C. Obras Escogidas en tres tomos T. I p.518.

Ellas, se iniciaron con la Revolución Bolivariana de Venezuela, encabezada por el presidente Hugo Chávez, y continuaron desde el año 2002 con los triunfos electorales de José Ignacio “Lula” Da Silva, en Brasil, y de Lucio Gutiérrez, en Ecuador.

Pero aunque las campañas electorales de esos tres líderes políticos, se sustentaron en un discurso esencialmente popular, lo que puede haber definido esos procesos como de izquierda (o los podrá definir en lo adelante), no son sus respectivos papeles personales al frente de cada movimiento revolucionario, ni siquiera, estrictamente los programas de transformación social que hayan podido estar aplicando hasta hoy, sino sobre todo, la hegemonía de los sectores más pobres, dentro de la gran alianza antineoliberal, que los está condicionando.

Finalmente, también es importante destacar, que si el concepto izquierda en sus orígenes fue formulado para unir a los que estaban a favor de la superación del régimen absolutista, en contra de los que luchaban por su conservación. Y después, se utilizó para destacar el carácter progresista de las nacientes fuerzas socialistas en contra del papel conservador que comenzó a manifestar el sistema del capital (con esta transposición de significados a dos regímenes distintos, se manifiesta la relatividad del término), entonces la utilización de ese concepto hoy también debe ayudar a diferenciar, los que están en contra del neoliberalismo de los que están a favor de ese régimen de exclusión social.

Ese, en la actualidad, es el elemento central que divide las fuerzas del progreso de las de la reacción. Es lo que se expresa, por su composición social, en lo que hoy se reconoce como las dos mayores fuerzas de izquierda de carácter internacional a nivel mundial: el Foro de Sao Paulo y el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

De esta manera, tras todos esos análisis, la izquierda puede ser definida hoy como *un movimiento tendencialmente político, compuesto por partidos, movimientos, y organizaciones de masas y sociales integrantes de la sociedad civil que, aunque proponen diferentes tácticas de lucha que van desde reformas del sistema capitalista hasta su superación radical, tienen el interés común de rechazar las políticas neoliberales actuales.*

Esta definición tal vez sea aceptada por algunos estudiosos del tema, incluso puede ser que facilite la concertación de alianzas políticas para acceder al gobierno, pero lo que no podrá resolver es que las fuerzas revolucionarias tengan acceso al verdadero poder del Estado. Para esto, sin dudas, antes habrá que cambiar las estructuras político-institucionales en cada país y definitivamente, se romperán las viejas alianzas.